

AÑO DE LA FE

Domingo quinto (C): “POR TU PALABRA, ECHARÉ LAS REDES”

VUESTRA VOCACIÓN ES LA LIBERTAD

MENSAJE CENTRAL:

El llamado por Dios para una misión siente una profunda indignidad personal ante la grandeza y santidad de Dios que les envía. Pero podrá decir, al fin de su vida, que su tarea ha sido obra de la gracia de Dios con él.

Exégesis de los textos litúrgicos y homilía:

Felipe Fernández Caballero

LECTURAS

1ª. “Aquí estoy, mándame”

Is 6, 1-2a.3-8

La visión de Isaías tiene un parecido con lo ocurrido a Pedro cuando éste vio la pesca milagrosa. Todo contacto con Dios sobrecoge. Aquí, Isaías se siente hombre perdido por haber visto al Señor, como Pedro se siente pecador; y sobre todo por haber visto al Rey, al Señor del universo. Después de esta teofanía, cuyo marco es majestuoso pero que se asemeja al episodio narrado por san Lucas en el evangelio de este día, el profeta recibe su misión y pide que se le envíe. Análogamente, después de revelar Jesús su poder, envía a Pedro como pescador de hombres. Los labios del profeta son purificados con el asno; Pedro, a pesar de sus culpas, será pescador de hombres.

El Antiguo Testamento preparaba ya la Iglesia y su misión. Fue Dios quien escogió a sus hombres y él es quien los envía; la extensión de su Reino es obra de sus propias manos. “Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos” Así dice el canto responsorial que sigue a la lectura. El Espíritu del Señor continúa aún este trabajo de elección y de edificación de la Iglesia.

Todavía hoy existen hombres que, en el silencio de su conciencia y en la humildad de su condición espiritual y humana, se encuentran con la majestad del Señor que les purifica los labios con un pezón; estos hombres lo abandonan todo para seguir a Jesucristo y hacerse pescadores de hombres. El milagro es frecuente; no lo vemos, no pensamos en él, pero sin embargo la Iglesia vive de él sin que persecución alguna sea capaz de detener el impulso dado en otro tiempo por Cristo a sus Apóstoles, en la ocasión de la pesca milagrosa. Las palabras de Cristo: «Desde ahora serás pescador de hombres» continúan resonando aún en el mundo de hoy, sin que nada pueda disminuir su dinamismo.
(Cfr. Nocent. Celebrar a Jesucristo. Sal Terrae)

2. “Esto es lo que predicamos, esto es lo que habéis creído”

1 Cor 15, 1-11)

En 1 Cor 15, lo mismo que en los capítulos anteriores, Pablo se explica sobre un punto que los corintios no acaban de digerir; parece ser que muchos de ellos tenían sus dudas, no tanto sobre la resurrección de Cristo como sobre la de los demás hombres. La resurrección de Cristo parece ser un hecho indiscutible; Pablo lo recuerda como fundamento de la resurrección universal.

Así, pues, la exposición comienza reafirmando solemne y solemnemente la resurrección de Cristo. Pablo la sitúa en una tradición cuyos momentos va subrayando: él mismo la *recibió* (v. 1), luego la *anunció* (v. 1-2) y la *transmitió* (v. 3); ahora la *recuerda* (v. 1) para que los corintios la *acepten* (v. 1) y *crean* (v. 2 y 11).

Lo mismo que cuando la eucaristía, este preámbulo anuncia la cita de una fórmula que expresa sintéticamente un aspecto importante de la fe: "Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, según las escrituras; se apareció a Cefas y luego a los doce" (v. 3-5). Texto rítmico con una especie de estribillo: "según las escrituras", donde se resume la fe en unos cuantos términos esenciales. Los biblistas reconocen unánimemente en esta corta cita uno de los primeros credos cristianos. San Pablo se apoya en él como sobre una base indiscutida de la fe.

La lista de testigos quiere ser un documento sobre la transmisión del testimonio por los testigos, no una descripción relativa a la resurrección. Pablo quiere recordar así que todo parte de la resurrección y que los primeros testigos, cuya lista ha recibido, atestiguan que Jesús resucitado se dio a ver a los apóstoles después de su muerte; si bien ellos vieron a Cristo una vez resucitado, nadie vio cómo se realizaba la resurrección.

«Se apareció a Cefas»: primera aparición. Según el libro de los Hechos, Pedro ocupa un lugar especial y su autoridad se extiende mucho más allá de Jerusalén. El hecho de haber sido objeto de la primera aparición del resucitado parece ser uno de los elementos de esta preeminencia.

«Luego a los doce»: este título del colegio apostólico es ciertamente anterior a la resurrección y se remonta al misterio terreno del mismo Jesús antes de pascua. La aparición del resucitado les confiere una autoridad particular, pero secundaria en relación con la de Pedro.

«Luego se apareció a más de quinientos hermanos a la vez; la mayor parte viven todavía, pero algunos han muerto». La finalidad de esta mención es clara. aunque algunos de estos testigos han muerto quedan todavía bastantes que pueden atestiguar de la resurrección de Cristo.

Luego se apareció a Santiago.. Esta aparición no se menciona en los evangelios canónicos. Pero, según Jerónimo, el *Evangelio de los hebreos* hace de Santiago el primer beneficiario de las apariciones de Cristo. Esto explicaría quizás el

lugar que tuvo Santiago en la iglesia de Jerusalén después de la marcha de Pedro en el año 44; cómo, después de haber sido una de las columnas, uno de los responsables (Gál 2, 9), pasó a ser su jefe (Hch 15, 13; Gál 2, 12).

Luego se apareció a todos los apóstoles: Pablo no tiene como Lucas una noción del apostolado que lo hiciera coincidir con el círculo de los doce. Todos los doce son apóstoles, pero hay además entre los apóstoles algunos fuera de los doce. ¿Procede esta afirmación de Pablo? ¿Quién es apóstol? ¿Lo es Bernabé? Pero aquí la finalidad es clara: todos los apóstoles deben ser testigos del resucitado. El relato del nombramiento de Matías (Hch 1, 22) lo confirma. El texto sigue siendo impreciso sobre la composición del grupo de los apóstoles cuando esta aparición: los doce, Santiago, etc. En todo caso, el único que no forma parte de ellos es Pablo.

Pablo recuerda por último la aparición de que gozó él mismo en el camino de Damasco y que fue el origen de su adhesión a Cristo (cf. Hech 9, 1-9). Vista a veinte siglos de distancia, parece de un tipo distinto del reconocimiento que vivieron los que acompañaron a Jesús durante su vida mortal, pero él la sitúa como si fuera una prolongación de la misma experiencia. Y si dice que no es digno de ser llamado apóstol, es precisamente porque se considera como tal.

Evangelio: “Desde ahora serás pescador de hombres”

Lc 5, 1-11

Es fácil sentir la profunda alegría con que san Lucas empezó a escribir este capítulo. Es el momento en que Jesús va a iniciar su ministerio con las multitudes, después de haber reunido a sus discípulos. Ya se empieza a preparar la Iglesia. Y Jesús se presenta aquí como el Maestro que enseña a las multitudes. No sin cierto énfasis describe Lucas la situación. El momento, por otra parte, es importante. Simón Pedro va a recibir su misión, y el lenguaje de Jesús, que san Lucas quiere que sea bastante solemne, va a señalar el significado de la Iglesia y de su actividad. La muchedumbre se apiña en torno a Jesús. Pero él, subiendo a bordo de una embarcación, se aparta un poco de la orilla. La embarcación pertenece a Pedro. ¿Quiere Lucas ver en ello un símbolo? Parece insistir en este detalle. Y se produce la pesca milagrosa. Esta pesca no es sólo una recompensa a la obediencia ciega de Pedro; ciega, porque si la pesca de la noche no fue fructífera ¿cómo iba a serlo la hecha de día? Pero, evidentemente, toda la escena gravita en torno a una realidad que Jesús quiere poner de relieve y que Lucas anima con su relato. Se describe admirativamente el milagro, y los detalles referidos demuestran la importancia excepcional del prodigio.

El espanto ante este espectáculo se apoderó de Pedro y de los que con él estaban. Pedro adora la majestad de Dios. Lo hace con su humildad característica, pero cabe pensar que san Lucas, que escribe el relato cuando ya había tenido lugar la negación de Pedro, se conmueve al escribir, y con toda naturalidad le hace decir a Pedro: «soy un pecador».

Pero este es el momento decisivo : la promesa hecha a Pedro y el gesto de los Apóstoles de dejarlo todo para seguir a Jesús. «Desde ahora serás pescador de

hombre»... Los Apóstoles lo abandonan todo para ir en seguimiento de Jesús, y Pedro recibe su cometido de pescador de hombres. Se esboza ya la imagen de la Iglesia y de su misión, que alcanzará toda su amplitud después de Pentecostés. El Señor prepara a sus discípulos para lo que habría de ser su cometido principal: anunciar la Buena Noticia, curar a los hombres y salvarlos, hacerles entrar en la embarcación de Pedro.

(Cfr. Nocent. Celebrar a Jesucristo. Sal Terrae)

HOMILÍA

Las tres lecturas de hoy nos sitúan ante el misterio de la libre y gratuita elección de Dios. Dios es libre para elegir a las personas, con independencia de sus situaciones y merecimientos personales.

Llamó a Isaías, de familia acomodada durante una liturgia en el templo de Jerusalén; a Pedro, pescador en el lago de Tiberíades, lo llamó a ser pescador de hombres después de una pesca milagrosa, signo de la presencia divina; y a Pablo, perseguidor de la Iglesia de Cristo, lo eligió como apóstol de los gentiles en el camino hacia Damasco. Tres paradigmas de la libertad de Dios en la elección de los hombres y de la respuesta generosa de estos para colaborar con Él en la redención de la humanidad.

Isaías entra en el misterio de Dios, Rey y Señor todopoderoso, pero se siente perdido e impuro para ver a Dios y hablar de parte de Él. A Pedro, ante el carácter extraordinario de la pesca, no le cabe otra reacción que la de exclamar: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”. Y la aparición de Jesús resucitado a Pablo, le hace caer a tierra, ciego y humillado, para ser luego conducido a casa de Ananías y recibir de sus manos el bautismo.

Cuando Dios llama y elige, puede recibir del hombre respuestas muy diversas, pero sólo una es digna de Dios y digna del hombre: la aceptación humilde de la tarea que se le encomienda.

Isaías, a la pregunta de Dios: ¿A quién enviaré?, responde: “Aquí estoy, envíame”. Pedro, al escuchar a Jesús que le llama a ser pescador de hombres, reacciona generosamente, junto con sus compañeros de faena: “Dejaron todo y lo siguieron”. Y Pablo, después de haber oído la voz del Resucitado, le pregunta: ¿Qué quieres que haga?. Más tarde, al recordar aquel momento, se considerará el menor de los apóstoles e indigno de ese nombre, pero por otro lado, está convencido de “he trabajado más que todos los demás, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”

En la historia de la salvación aparece claro que Dios ha querido salvar a los hombres por medio de otros hombres.

Dios pide a los jóvenes su juventud para ofrecer su salvación a los jóvenes del mundo; pide a algunos de ellos su vida entera para consagrarla al servicio de la misión evangelizadora de su Iglesia. Pide a los adultos que ofrezcan su preparación

científica o técnica, su posición social o política, sus carismas, al servicio de la promoción humana y religiosa de quienes viven en su entorno familiar, profesional, social o cultural. Y espera de los jubilados su tiempo, su madurez humana y su caudal acumulado de riquezas y posibilidades para que contribuyan a hacer un mundo más humano, más justo y más cristiano. ¿Escucharemos los hombre el grito de Dios que solicita nuestra ayuda?

La llamada de Dios se dirige a hombres dotados de libertad, una libertad que Él nos ha dado para que seamos verdaderamente hombres.

El que quiere ser dueño de su propia vida no está disponible para el Señor de la vida. El que está tan apegado al tiempo presente que considera impensable la eternidad, un más allá del tiempo en la patria definitiva, no está disponible para el Vencedor de la muerte

El que está disponible para Dios, como Isaías, como Pedro, como Pablo, podrá incluso, por Él, perder su vida. Pero el que pierde su vida por Cristo y por el Evangelio sabe que la gana para la vida eterna.

La Eucaristía que celebramos ha de ser para nosotros una profunda experiencia de Dios. Oigamos su llamada. Démosle la respuesta del ofrecimiento de nuestro ser para la tarea que él se digne encomendarnos.

Otros subsidios sobre los mismos textos:

Guía para la lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«Por su obediencia hasta la muerte, Cristo ha comunicado a sus discípulos el don de la libertad regia para que vencieran en sí mismos, con la propia renuncia y una vida santa al reino del pecado» (908).

«Los laicos, además, juntando también sus fuerzas, han de sanear las estructuras y las condiciones del mundo, de tal forma que, si algunas de sus costumbres incitan al pecado, todas ellas sean conformes con las normas de la justicia y favorezcan en vez de impedir la práctica de las virtudes» (909).

TESTIMONIO CRISTIANO

«El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de si mismo: se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona» (San Ambrosio) (908).

«Lo seglares también pueden sentirse llamados a ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles» (Pablo VI) (910).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La vocación del profeta es una elección de Dios a pesar de su fragilidad humana. La vocación de los primeros discípulos de Jesús tiene en San Lucas el prólogo de la «pesca milagrosa»; con este signo Jesús llama la atención de aquellos hombres, y ellos responden con prontitud, dejándolo todo.

Comienza la parte de la 1ª carta a los Corintios dedicada a responder a las preguntas de los corintios sobre la resurrección de los muertos. San Pablo escribe un texto fundamental del Nuevo Testamento: el testimonio de los testigos de la resurrección.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La Iglesia, pueblo sacerdotal, profético y real: 783-786.

La misión real de Cristo: 908-913.

La respuesta:

La participación de los laicos en la misión real de Cristo:
908-913.

C. Otras sugerencias

El profeta y el apóstol es un hombre limitado pero tiene una gran misión: así se describe en la vocación del profeta Isaías y en la revelada en el Evangelio. Reconocer la propia limitación es aceptar el don de la vocación y la tarea que la misión implica.

La vocación cristiana es el seguimiento de Cristo. Seguimiento total, de toda la persona, capaz de ser libre, rey, y transformar el mundo con esa libertad regia.

Los cristianos son capaces, con la gracia de Dios, de ser transformadores del mundo, pescadores de hombres, remando mar adentro de cualquier estructura social humana.

Sagrada Congregación del Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

El misterio de la libre y gratuita elección de Dios permea las tres lecturas litúrgicas. Isaías es elegido durante una acción litúrgica en el templo de Jerusalén: "Oí la voz del Señor que me decía: ¿A quién enviaré? (primera lectura). Pedro, por su parte, percibe la elección divina en medio de su oficio de pescador: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres" (evangelio). Finalmente, Pablo evoca la aparición de Jesús resucitado, camino de Damasco, a él, "el menor de los apóstoles... pero por la gracia de Dios soy lo que soy" (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

Un Dios libérrimo en la elección.

Sólo un Dios libre puede apelar a la libertad del hombre. Sólo si Dios es libre, se puede hablar de elección, no de coacción. La Biblia entera testimonia la soberana libertad de Dios en todas las cosas y en toda situación. Los textos litúrgicos atestiguan la libertad divina en la elección de los hombres. Dios es libérrimo para elegir a la persona que quiera: a Isaías, nacido en Jerusalén de familia acomodada, posiblemente de estirpe sacerdotal; a Pedro, proveniente de Betsaida, pescador en el lago de Tiberíades; a Pablo, oriundo de Tarso de Cilicia, con título académico de rabino, por un tiempo perseguidor de la Iglesia de Cristo. Dios es libérrimo para elegir en el modo y en el tiempo que desee: a Isaías durante una liturgia en el templo de Jerusalén, mediante una teofanía cúllica; a Pedro, sobre una barca, después de una pesca milagrosa, signo de una presencia divina; a Pablo, en el camino hacia la ciudad de Damasco, con el corazón ardiendo de odio por los cristianos. Isaías, Pedro, Pablo, tres paradigmas de la libertad de Dios en la elección de los hombres para la gran tarea de colaborar con Él en la redención de la humanidad.

Elección y experiencia de Dios.

En sus misteriosos designios Dios ha querido unir la elección a una experiencia fuerte de Dios por parte del elegido. Las formas de llevarse a cabo tal experiencia difiere de unos a otros, pero la experiencia es común a toda elección. Esto significa que sólo en esa experiencia profunda, según edad, circunstancia, educación y carácter, el hombre puede caer en la cuenta de la elección divina. En esta experiencia de Dios se percibe con una lucidez meridiana, por un lado, la distancia y trascendencia de Dios, y, por otro, la indignidad del hombre. Isaías, por un lado, entra en el misterio de Dios, Rey y Señor todopoderoso, por otro, se siente perdido e impuro para ver y hablar de parte de Dios (primera lectura). A Pedro, ante la grandiosidad de la pesca, sólo posible por el poder de Dios, no le cabe otra reacción sino exclamar: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador" (evangelio). La aparición de Jesús resucitado a Pablo le hace caer del caballo a tierra, quedar ciego, humillarse ante el poder de Dios, y finalmente recibir el bautismo de manos de Ananías. El Dios tres veces santo no puede irrumpir en la historia sin que el hombre sea desquiciado de sus seguridades humanas, y sea invitado a poner toda su confianza en el mismo Dios.

La única respuesta digna.

El hombre, que Dios ha elegido, puede dar diversas respuestas, pero digna de Dios y del hombre sólo hay una: la humilde aceptación. Tenemos también en los textos litúrgicos de hoy tres paradigmas diferentes de una única actitud: Isaías, a la pregunta de Dios: "¿A quién enviaré?", responde: "Aquí estoy yo, envíame". Pedro, al escuchar a Jesús que le llama a ser "pescador de hombres", junto con sus compañeros de faena, reacciona generosamente: "Dejaron todo y lo siguieron". No menos generosa es la actitud de Pablo, después del costalazo en la tierra y de haber oído la voz de Jesús resucitado, él pregunta a su interlocutor: "¿Qué quieres que haga?". Luego, en la primera carta a los corintios (segunda lectura), al recordar esa visión de Jesús, por un lado se considera el menor de los apóstoles e indigno de llevar ese nombre, pero, por otro, está convencido de que "he trabajado más que

todos los demás; bueno, no yo, sino la gracia de Dios conmigo".

SUGERENCIAS PASTORALES

Un Dios necesitado de los hombres.

En la historia de la salvación aparece claro que Dios ha querido salvar a los hombres por medio de otros hombres. El único Salvador es Dios, pero los hombres son sus manos para distribuirla a todos los que la pidan, son sus labios para predicarla en las miles de lenguas de nuestro planeta, son sus pies para llevarla a todos los rincones de la tierra, sobre todo allí donde todavía no la conocen, aunque la anhelan vivamente. ¡Es un gesto imponente de la condescendencia de Dios para con la humanidad, de su infinito amor hasta rebajarse a ser mendigo del hombre! Dios mendiga de ti, sacerdote o laico, religioso o voluntario, tu ayuda. ¿Se la negarás? Mendiga de ti, joven, tu juventud para ofrecer su salvación a los jóvenes del mundo, y quizás no sólo tu juventud, sino toda tu vida para salvar al hombre, para liberarlo de sí mismo, para ennoblecer su vida de hijo de Dios. Mendiga de ti, adulto, tu adultez, en el estado de vida en que te halles, para que colabores con Él en la salvación de ti mismo, en la salvación de quienes viven en tu entorno familiar, profesional, social, cultural. Mendiga de ti, jubilado, anciano, tu tiempo, tu experiencia humana y espiritual, tu sabiduría de la vida, para que la transmitas a los demás, para que contribuyas a construir un mundo más humano y más cristiano. ¿Escucharemos los hombres el grito de Dios que pide nuestra ayuda?

Libertad de Dios, disponibilidad del hombre.

Dios apela libremente a hombres dotados de libertad, una libertad que Él nos ha dado al crearnos y que debemos ejercitar para ser idénticos, para ser verdaderamente hombres. Dios no fuerza al hombre, ni lo hará jamás, a ser y comportarse como tal. El hombre puede usar su libertad para degradarse como las bestias, para renegar del mismo Dios que le dio la vida, para construir su existencia sobre el egocentrismo, para vivir sin esperanza. Ese tal no está disponible ante la libertad de Dios. Dios quiere que se realice como hombre, que se haga hombre, y él no está disponible, prefiere revolcarse en el lodazal de los cuadrúpedos. Dios se le propone como Señor de su vida, y él no está disponible, anhela más bien ser él su propio dueño y señor. Dios le llama a construir su existencia y su felicidad sobre la entrega, la donación de sí, pero él no está disponible, no tiene oídos sino para las sirenas encantadoras de su ego, que le atraen y sofocan en él todo altruismo, toda humana fraternidad. Dios quiere infundirle una esperanza de eternidad, de victoria de la vida sobre la muerte, y él tampoco está disponible, está tan apegado al tiempo y a la materia, que hasta considera impensable la eternidad, un más allá del tiempo, una vida feliz con Dios y con los hijos de Dios en el cielo. ¿Qué puedo hacer para estar siempre disponible para Dios, para que también otros estén igualmente disponibles?